

CUENTO N° 141

TÍTULO: MIS PIES ALADOS

SEUDÓNIMO: CATA ALMA

AUTORA: ROSA ADRIANA PALMA HERRERA

Mis pies alados

Bajó al sótano sin saber exactamente lo que iba a buscar, la escalerilla estaba polvorienta y crujía a cada una de sus pisadas, no cabía duda que delataría a cualquiera que intentara invadir tal territorio, pero nadie, y por mucho tiempo, como lo indicaba el polvo, lo había intentado.

Le costó encontrar el interruptor, el que le dio una luz lúgubre que se mezclaba con el olor a humedad, avanzó hacia el centro de la habitación y observó a su alrededor, todo estaba exactamente como hace... cuánto? ¿Unos diez años o más?

Se dirigió a un estante que estaba al costado de una ventana que parecía tapiada, sus ojos ya se acostumbraban a la semioscuridad, permitiéndole una mayor visibilidad. Con los dedos recorrió los libros que descansaban en las bandejas descoloridas, se detuvo en uno de ellos, le llamó la atención el título que sobresalía del lomo de cuero café oscuro, lo sacó con cuidado, deslizándolo suavemente, temía que pudiera desarmarse.

Se sentó en un cajón de madera, pero antes, se preocupó de sacudir con un trapo la tierra que lo cubría. “Menos mal que no le temo a las arañas”, pensó, las que como cardumen, salieron corriendo espantadas por debajo del cajón. “Vaya”, se dijo, mirando la tela que se extendía de un lado al otro de la habitación, “les vine a interrumpir su delicada labor”, se cuidó de no estropearles su tejido, le daba un carácter de habitación de castillo abandonado a su sótano.

Abrió el libro y leyó:

“mis pies alados me llevaron a campo travieso pasando por pastizales y riachuelos, me llevaron hacia ti...”

La habitación se alumbró completamente, el sol atravesó la ventana y se desplazó por el piso hasta las escalerillas escabulléndose por debajo de la puerta. Algo la empujaba a salir, se calzó las zapatillas y siguió la luz hacia el corredor, la luz se deslizaba hasta el final de éste, perdiéndose por debajo de la mampara y la puerta de entrada, era como un vuelo vertiginoso, se dejó ir y cuando abrió los ojos se encontró en ese enorme jardín, rodeada de árboles frondosos, corredores de flores, cuyo aroma sentía que se metía por todos sus poros, la laguna, que dejaba escuchar el chapoteo de los cuello negro, la música envolvente de los pájaros. Se miró los pies y le sorprendieron esos zapatos infantiles que calzaba y a medida que iba subiendo con la mirada, se encontró con ese vestido celeste de organza, era el mismo que usó cuando se cayó a la laguna mientras esperaba a que llegaran sus invitadas a la fiesta de primera comunión.

“No te lo pongas todavía, falta mucho para que lleguen tus amiguitas y si quieres salir a jugar, te puedes ensuciar, ya te pasó por la mañana, te dije que tomáramos desayuno en casa y no donde los Bomberos, ¿y qué pasó? Te chorreaste todo el vestido de primera comunión con el chocolate”.

*“No, quiero ponérmelo ahora, es **mi** vestido”, chillaba ella.*

Su madre siempre la advertía, pero, como era llevada de sus ideas, cuan profecías, pasaba lo que su madre decía.

Leyó nuevamente: “mis pies alados me llevaron a campo travieso pasando por pastizales y riachuelos, me llevaron hacia ti...”

Nuevamente el vértigo, sus pies alados traspasaron el jardín y la volvieron a la casona.

Allí estaba, sentado, con su tazón de té, con la mirada perdida, a su alrededor todos los hermanos y su madre que salía de la cocina hacia el dormitorio, el cuadrante de silencio en el que se parapetaba el padre no lo interrumpía, ni lo penetraba el alboroto de los niños, ni el ruido de la máquina de coser en la que se había instalado la madre, que como todos los viernes le cocía un vestido nuevo, para que usara el domingo. El padre se levantó de la mesa, llevó su taza a la cocina y con su “Estadio” y “las Últimas Noticias” se encerró en su dormitorio, desde dónde se le escuchó:

“esos niños tienen que acostarse, mañana tienen que ir al colegio. ESCUCHARON????!!!”. “Se acuestan y apagan la luz y no quiero discusiones!!!”

Volvió a leer “mis pies alados me llevaron a campo travieso pasando por pastizales y riachuelos, me llevaron hacia ti...”

Nuevamente se encontró girando, la velocidad iba en aumento, atravesando luces y sombras hasta dejarla caer sobre el pasto húmedo, ahí estaba la casita de madera vestida de rojo, frente a ella se erguía una araucaria, hacia el fondo el nogal y los paltos y hacia la salida, la casa principal cuyos ventanales dejaban ver la decoración nerudiana en su interior, las caracolas, las botellas de colores y los mascarones de proa, los viejos sillones con pieles de vaca, los caballos de la Hormiguita atrapados en los marcos, todo respiraba a la bohemia de los años 50, aun cuando nada o muy poco de eso estaba allí, igual ella las veía, como podía ver al bate paseándose por las noches por el patio de la casona.

“Rosita, se me rompió la bolsa de agua. Ya viene, ya. Me dice la matrona que debo partir a la clínica ahora mismo”.

“No se preocupe, voy para allá”.

La Rosita arregló la maleta, la ropa del niño, y su hermano pasó a recogerla, atrás quedó la casona y la Rosita en la puerta.

Una mezcla de alegría y susto, sus pies alados la llevaron cruzando la ciudad, atravesando calles, avenidas repletas de edificios y alguna que otra gente desplazándose a sus trabajos, eran las 5 de la mañana...mis pies alados me llevaron hacia ti, ...el reloj en la pared de la sala de partos, indicaba con sus manecillas las 12:04...